



ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Un salon de las habitaciones de la Reina.

La REINA.—La DUQUESA DE OLIVARES.—La PRINCESA DE ÉBOLI.—La CONDESA DE FUENTES; otras damas.

REINA.—(*Levantándose; á la Duquesa.*)



O se encuentra la llave?... Pues entonces habrá que hacer pedazos la arquilla inmediatamente. (*Ve á la Princesa que se acerca á ella y le besa la mano.*) Bien venida, querida Princesa; me alegro de veros restablecida aunque estais todavía muy pálida.

FUENTES.—(*Con malicia.*) Consecuencias de la pícara fiebre que ataca los nervios de tan rara manera... ¿verdad, Princesa?

REINA.—Mucho deseaba ir á veros, querida, pero no me atreví.

OLIVARES.—No le ha faltado al menos compañía á la Princesa.

REINA.—Lo creo muy bien; pero ¿qué teneis? tembláis, Princesa.

PRINCESA.—Nada, nada absolutamente, señora; pero os pido permiso para retirarme...

REINA.—Pretendeis ocultárnoslo, pero se ve que estais peor de lo que decís; ha de fatigaros mucho permanecer en pié... Condesa, ayudadla á sentarse en este taburete.

PRINCESA.—Estaré mejor al aire libre. (*Se va.*)



REINA.—Seguidla, Condesa... ¡qué demudada está!
(*Un paje entra y habla á la Duquesa, quien se dirige á la Reina.*)

OLIVARES.—Señora, el Marques de Posa que llega de orden del Rey.

REINA.—Le aguardo. (*El paje sale y abre la puerta al Marques.*)

ESCENA II.

Dichas.—EI MARQUES DE POSA, que dobla la rodilla delante la REINA, quien le hace seña de que se levante.

REINA.—¿Cuál es la orden de mi Rey? Puedo públicamente...

MARQUES.—Debo hablar á solas con V. M. (*Las damas se alejan á una señal de la Reina.*)

ESCENA III.

La REINA.—El MARQUES DE POSA.

REINA.—(*Sorprendida.*) ¡Cómo!... ¿Daré fe á mis ojos?
¿Vos enviado á mí por el Rey?

MARQUES.—Si esto parece extraño á V. M., á mí no.

REINA.—El mundo ha salido de su órbita... ¡Vos y él!... Confieso que...

MARQUES.—Que parece raro; es muy posible, pero nuestros tiempos están destinados á producir cosas muy sorprendentes...

REINA.—Más sorprendentes que éstas, con dificultad.

MARQUES.—Supongamos que me he dejado por fin seducir y que me he cansado de mi papel de hombre original. Porque en verdad, ¿qué significa esta palabra? quien desea ser útil á los hombres, debe ante todo mostrarse á ellos como su semejante; por tanto, ¿para qué el fastuoso traje del sectario?... Admitamos... ¿Habrá álguien tan exento de vanidad, que no pretenda ganar prosélitos para sus creencias? admitamos que trabajo para colocar las mias en el trono...

REINA.—¡Ah! no, Marques; no quisiera ni aun en broma, atribuiros semejante idea tan fuera de sazón... Vos no sois un soñador capaz de emprender una obra imposible.

MARQUES.—Precisamente, á mi juicio, esta es la cuestión.

REINA.—Lo más que podria imputaros, Marques, y no me sorprenderia menos tratándose de vos, seria... seria...

MARQUES.—Cierta doblez... acaso.

REINA.—Cuando menos, cierto disimulo. Segun to-

das las apariencias, el Rey no os ha encargado decirme lo que me direis...

MARQUES.—No.

REINA.—Y yo os pregunto si una buena causa puede ennoblecer un medio reprehensible. Vuestra noble altivez, excusadme esta duda, ¿puede prestarse á semejantes oficios? Apenas puedo creerlo...

MARQUES.—Ni yo lo creeria tampoco, si se tratara tan sólo de engañar al Rey; pero no es esta mi opinion, y pienso, por el contrario, servirle más lealmente esta vez, de lo que él mismo me ordena.

REINA.—En esto os reconozco y me basta... ¿Qué hace?

MARQUES.—¿El Rey? Me parece que voy á quedar pronto vengado de vuestra severidad en juzgarme, pues por lo visto V. M. no tiene mucha prisa por saber lo que yo debo apresurarme á comunicarle; fuerza será, sin embargo, que me oiga. El Rey ruega á V. M. que no conceda audiencia hoy al embáador de Francia. Hé aquí mi comision, y hela cumplida.

REINA.—¿A esto se reduce cuanto debiais decirme de su parte?

MARQUES.—Al menos es lo que me autoriza á estar aquí.

REINA.—Me resigno con gusto, Marques, á ignorar lo que para mí debe ser un secreto.

MARQUES.—Así debe ser, señora. En verdad, que si no fuera V. M. quien es, me apresuraria á advertirla de algo, y á ponerla en guardia contra ciertas personas... pero con V. M. no es necesario, y el peligro puede rodearos sin que lo sepais jamas... Estas pequeñeces no son dignas de perturbar el sueño de oro de un ángel, ni son tampoco las que aquí me conducen. El príncipe Carlos...

REINA.—¿Cómo le habeis dejado?

MARQUES.—Como el único sabio de su tiempo, para

quien es un crimen adorar la verdad, y tan dispuesto á morir por su amor, como el sabio á morir por ella. Pocas palabras he de deciros... pero en esta carta habla él. (*Da una carta á la Reina.*)

REINA.—(*Después de haberla leído.*) Dice que es preciso que me hable.

MARQUES.—Y también lo digo yo.

REINA.—¿Y será más feliz porque vea con sus propios ojos que yo no lo soy?

MARQUES.—No, pero se volverá más activo y resuelto.

REINA.—¿Cómo?

MARQUES.—El Duque de Alba ha obtenido el gobierno de Flandes.

REINA.—Eso me han dicho.

MARQUES.—El Rey no se retracta nunca; le conocemos. Pero es verdad también que el Príncipe no puede continuar aquí; no puede ser de ningún modo, y Flandes no ha de ser sacrificada.

REINA.—¿Podeis impedirlo, Marques?

MARQUES.—Tal vez sí; el medio, quizás tan terrible como el peligro; osado, como la desesperación... pero no conozco otro.

REINA.—Decídmelo.

MARQUES.—Sólo á vos, á vos sola, me atrevo á descubrirlo, porque sólo de vos podría oírlo Carlos sin horror... El nombre que se le dará es realmente un poco duro...

REINA.—Una rebelión.

MARQUES.—Es fuerza que desobedezca al Rey y se dirija secretamente á Bruselas, donde los flamencos le aguardan con los brazos abiertos. Las Provincias-Unionadas se levantarán á su señal, y el hijo del Rey comunicará fuerza á la buena causa: ¡tiemble al empuje de sus armas el trono español!... El padre le concederá en Bruselas lo que le rehúsa en Madrid.

REINA.—¿Hoy le habeis hablado, y esto es lo que queréis?

MARQUES.—Precisamente; porque le hablé hoy.

REINA.—(*Pausa.*) El plan que me revelais me espanta y me arrebatá á la vez; creo que no vais descaminado. El proyecto es atrevido, y quizá por esto me place... Quiero meditarlo... ¿Lo conoce el Príncipe?

MARQUES.—Mi intento era que lo oyese por primera vez de vuestros labios.

REINA.—Sin duda alguna la idea es grande... Si la juventud del Príncipe...

MARQUES.—No será obstáculo para la empresa, porque hallará allí un Egmont, un Orange; bravos soldados del emperador Carlos V, tan sabios en el consejo como temibles en el campo de batalla.

REINA.—(*Con viveza.*) Sí; la idea es grande y bella. Comprendo con viveza que el Príncipe debe disponerse á hacer algo, porque la posición que ocupa en Madrid me humilla por él. Le prometo el concurso de Francia y de Saboya. Soy de vuestra opinión, Marques; es necesario que haga algo. Pero esta empresa exige dinero...

MARQUES.—Está ya aprontado.

REINA.—Conozco además un medio...

MARQUES.—¿Puedo desde luego darle á entender que le recibireis?

REINA.—Quiero meditarlo.

MARQUES.—Carlos aguarda una respuesta, señora, y he prometido llevársela. (*Presenta á la Reina su libro de memorias.*) Bastarán por ahora dos líneas.

REINA.—(*Después de haber escrito.*) ¿Volveré á veros?

MARQUES.—Cuántas veces me lo ordeneis.

REINA.—¿Cuántas veces lo ordene?... ¿Cómo me explicaré semejante libertad, Marques?

MARQUES.—Del modo más inocente que vuestro ingenio os sugiera. Disfruto de ella; esto basta á V. M.

REINA.—(*Interrumpiéndole.*) ¡Qué júbilo sería el mío, Marques, si quedara aún á la libertad este refugio en

Europa... y si fuera él quien lo conservase!... Contad con mi secreto interes.

MARQUES.—¡Ah! ya sabia yo que aquí seria comprendido. (*La Duquesa de Olivares se presenta en el dintel de la puerta.*)

REINA.—(*Con frialdad, al Marques.*) Cuanto manda el Rey mi señor será respetado como ley. Id á asegurarle mi sumision. (*A una señal de la Reina, el Marques se aleja.*)

ESCENA IV.

Una galería.

D. CARLOS.—EI CONDE DE LERMA.

CARLOS.—Aquí nadie vendrá á interrumpirnos. ¿Qué teneis que decirme?

LERMA.—V. A. tenia en la corte un amigo...

CARLOS.—(*Sorprendido.*) ¿Que yo no conocia? ¡Cómo! ¿Qué quereis decirme?

LERMA.—Entonces debo pedirlos perdon de haber averiguado más de lo que debia saber... Tranquilícese, sin embargo, V. A. Conozco este secreto por conducto de una persona fiel; en una palabra, por mí mismo.

CARLOS.—¿A quién os referis?

LERMA.—Al Marques de Posa.

CARLOS.—¡Y bien!

LERMA.—Si por acaso sabia de V. A. más de lo que es permitido, como temo...

CARLOS.—¿Temeis?

LERMA.—Ha estado á ver al Rey.

CARLOS.—¡Ah!

LERMA.—La entrevista ha durado dos horas largas, y la conversacion ha sido íntima.

CARLOS.—¿Verdad?

LERMA.—No se trataba de asuntos baladíes.

CARLOS.—Me lo figuro.

LERMA.—He oido pronunciar vuestro nombre con frecuencia, Príncipe.

CARLOS.—Supongo que esto no es una mala señal.

LERMA.—Se ha hablado tambien de la Reina en la cámara del Rey y de un modo enigmático.

CARLOS.—(*Retrocede atónito.*) ¡Conde de Lerma!

LERMA.—Cuando el Marques ha salido, he recibido la orden de permitirle la entrada sin previo anuncio.

CARLOS.—Esto es realmente grave.

LERMA.—Y sin ejemplo, Príncipe, que yo recuerde, desde que sirvo al Rey.

CARLOS.—¡Grave, realmente grave! ¿Y cómo decis se ha hablado de la Reina?

LERMA.—(*Retrocede.*) No, Príncipe, no; faltaria á mi deber...

CARLOS.—Es singular; me decis una cosa y me ocultais otra...

LERMA.—La primera debia decíroslo; la segunda pertenece al Rey.

CARLOS.—Teneis razon.

LERMA.—He tenido siempre al Marques por un caballero...

CARLOS.—Le habeis juzgado bien.

LERMA.—Toda virtud es sin mancha, hasta el momento de la prueba.

CARLOS.—La suya es inmaculada, así antes como despues.

LERMA.—El favor de un gran Rey es digno de ser tenido en cuenta, y la más sólida virtud se ha dejado prender en el dorado anzuelo.

CARLOS.—¡Oh sí!

LERMA.—Muchas veces es cordura revelar lo que no puede permanecer oculto.

CARLOS.— Oh! si; de cuerdos es; pero vos mismo decís que habeis tenido siempre al Marques por hombre honrado.

LERMA.— Si lo es aún, mi sospecha no puede hacer de él un malvado, y vos, Príncipe, ganais en ello doblemente. (*Va á salir.*)

CARLOS.— (*Le sigue y le aprieta la mano.*) Doble es mi ganancia, noble y digno caballero, porque gano un amigo, y no pierdo el que poseía. (*Lerma vase.*)

ESCENA V.

EL MARQUES DE POSA (que llega por la galería.) —CARLOS.

MARQUES.— ¡Carlos! Carlos!

CARLOS.— ¿Quién me llama?... ¡Ah! eres tú...— Muy bien; me voy al convento; vé á encontrarme pronto. (*Hace que se va.*)

MARQUES.— Aguarda... dos minutos...

CARLOS.— Si nos sorprendieran...

MARQUES.— No será; seré breve. La Reina...

CARLOS.— ¿Has visto á mi padre?

MARQUES.— Me mandó llamar. Sí.

CARLOS.— (*Con curiosidad.*) ¿Y bien?

MARQUES.— Estamos arreglados; tú la hablarás.

CARLOS.— ¿Y el Rey?... ¿Qué quiere el Rey?

MARQUES.— Él... nada... curiosidad de saber quién soy... oficiosidades de algunos amigos que no estaban encargados de semejante comision... ¿qué sé yo?... Me ha ofrecido algunos servicios...

CARLOS.— Que has rehusado...

MARQUES.— Por supuesto.

CARLOS.— ¿Y en qué disposicion de ánimo os habeis separado?

MARQUES.— En muy buena disposicion.

CARLOS.— ¿No se trató de mí?

MARQUES.— ¿De tí?... Sí; pero, en general... (*Saca su libro de memorias y lo entrega al Príncipe.*) Toma unas líneas de la Reina. Mañana sabré dónde y cómo...

CARLOS.— (*Leyendo con distraccion, guarda el libro y va á salir.*) Me encontrarás, digo, en la Cartuja.

MARQUES.— Aguarda... ¿por qué apresurarte, si no viene nadie?

CARLOS.— (*Con afectada sonrisa.*) Parece que hemos trocado los papeles... Hoy gozas tú de sorprenderte seguridad.

MARQUES.— ¿Hoy? ¿por qué hoy?

CARLOS.— ¿Y qué me escribe la Reina?

MARQUES.— ¿No acabas de leerlo?

CARLOS.— ¿Yo?... ¡Ah!... sí.

MARQUES.— ¿Que tienes?... Qué te pasa?

CARLOS.— (*Vuelve á leer; con calor y arrebató.*) ¡Angel divino! sí; quiero ser, quiero ser digno de tí. El amor engrandece las grandes almas... Sea lo que quiera, no importa; obedezco cuando ordenas... Escribe que debo prepararme para una importante resolucion: ¿qué quiere decir? ¿lo sabes?

MARQUES.— Y aunque lo supiera, Carlos, ¿estás dispuesto á oirla?

CARLOS.— Te ofendí tal vez... Estaba distraido; perdóname, Rodrigo.

MARQUES.— Estabas distraido; ¿y por qué?

CARLOS.— Por... ni yo mismo lo sé; ¿puedo quedarme el libro de memorias?

MARQUES.— No, por ahora. Precisamente he venido á pedirte el tuyo.

CARLOS.— ¿El mio? y por qué?

MARQUES.— Y cuantas fruslerías te pertenezcan además; no es conveniente caigan en manos de un tercero: cartas, fragmentos, trozos de papel, en una palabra, tu cartera.

CARLOS.—¿Mas por qué?

MARQUES.—Para prevenir todo accidente: ¿quién se halla al abrigo de un golpe de mano?... Nadie vendrá á buscarlos á mi casa... Dámela.

CARLOS.—(*Con inquietud.*) Sin embargo, es singular... ¿Por qué, así de repente, esta?...

MARQUES.—Tranquilízate por completo, porque ciertamente no me guía ninguna otra intencion que precaver el peligro. No he pensado un momento que tú temieras entregármela.

CARLOS.—(*Le da su cartera.*) Guárdala bien.

MARQUES.—Lo haré.

CARLOS.—(*Con intencion.*) Rodrigo, mucho vale lo que te entrego.

MARQUES.—Mucho menos de lo que tengo recibido de tí... Así, por ahora adios, allí hablaremos...

(*Hace que se va.*)

CARLOS.—(*Lucha consigo mismo, y por fin le llama.*) Devuélveme estas cartas otra vez. Hay una entre ellas que me escribió desde Alcalá, cuando estaba gravemente enfermo, y la llevé siempre sobre mi corazón; es para mí cruel separarme de esta carta; déjame esta... solamente esta, y toma las restantes... (*Toma la carta y le devuelve la cartera.*)

MARQUES.—Cárlos, cedo á mi pesar, pues necesitaba precisamente esta.

CARLOS.—Adios. (*Se aleja á paso lento, despues se detiene al llegar á la puerta y le devuelve la carta.*) Tómala. (*Su mano tiembla, rompe á llorar, y se echa en los brazos del Marques, reclinando la cabeza sobre su pecho.*) Estas cartas no pueden caer en manos de mi padre, ¿verdad, Rodrigo?... no puede ser. (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA VI.

EL MARQUES DE POSA.

MARQUES.—(*Atónito, le sigue con la mirada.*) ¿Será esto posible?... ¿Acaso no le he conocido enteramente todavía, y escapó á mi mirada este repliegue de su corazón? Desconfiará de su amigo?... No; yo le calumnio. ¿Qué me ha hecho para que le acuse de semejante flaqueza, yo que soy el más débil... y siento lo que le imputo? Quizas la sorpresa... esto será sin duda, porque nunca pudo prever tan extraña resolucion de mi parte. No puedo evitarte, Cárlos, la pena que esto te causa, y debo todavía atormentar tu alma bondadosa. El Rey fia en la solidez del vaso, donde ha depositado su más íntimo secreto, y la confianza exige la gratitud... ¿Para qué cometer una indiscrecion, cuando mi silencio no puede causarte pesar, y quizá te lo evita? ¿Para qué mostrar al que duerme la tempestuosa nube que se extiende sobre su cabeza?... Basta que la aleje de tí... Cuando despiertes, el cielo habrá recobrado su claridad.

ESCENA VII.

Gabinete del Rey.

EL REY sentado en un sillón.— Junto á él, la infanta CLARA-EUGENIA.

REY.—(*Despues de profundo silencio.*) No; es sin embargo mi hija; ¡naturaleza no mentiria con tal exactitud! sus azules ojos son los míos, y hallo mi propia imágen en cada una de sus facciones. ¡Hijo de mi amor! sí; lo eres, te estrecho contra mi corazón, san-

gre de mi sangre! (*Se detiene de súbito conturbado.*) ¡ Mi sangre!... ¿ y puedo temer algo peor? ¿ Mis facciones no son también las tuyas? (*Toma el medallón entre sus manos, y compara el retrato con su propia cara, reflejada en un espejo que tiene delante de él. Lo arroja luego, se levanta, y aparta á la niña.*) ¡ Lejos, lejos de mí!... me pierdo en semejante abismo...

ESCENA VIII.

EL CONDE DE LERMA.— EL REY.

LERMA.— Señor, la Reina acaba de entrar en el salón.

REY.— ¿ Ahora?

LERMA.— Y pide audiencia...

REY.— ¿ Pero ahora; ahora?... ¿ en momento tan inusitado? No; ahora no puedo hablarla, no puedo hablarla.

LERMA.— Hé aquí a Su Majestad en persona. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL REY, la REINA, la INFANTA. (*La Infanta corre hácia su madre, y se coge á ella. La Reina cae de hinojos á los piés del Rey, mudo y cortado.*)

REINA.— Esposo mio, y mi señor... Me veo obligada... á reclamar justicia al pié del trono.

REY.— ¿ Justicia?

REINA.— Se me trata en esta corte con indignidad; mi arquilla ha sido forzada.

REY.— ¿ Cómo?

REINA.— Y han desaparecido de ella objetos de alto precio para mí.

REY.— ¿ De alto precio para vos?

REINA.— Por la interpretacion que podría darles la temeridad de una persona mal informada...

REY.— ¡ La temeridad!... la interpretacion!... pero, alzad.

REINA.— No será, antes que mi esposo se comprometa á emplear su real autoridad en darme satisfaccion. De lo contrario me alejaré de una corte donde hallan refugio los que me roban.

REY.— Levantaos pues... esta actitud... levantaos.

REINA.— (*Se levanta.*) Desde luego sé que el culpable es persona de elevada jerarquía, porque habia en la arquilla más de un millón en perlas y diamantes, y sólo ha tomado las cartas.

REY.— Que, sin embargo, yo...

REINA.— Perfectamente, esposo mio... Habia cartas y un medallón del Príncipe.

REY.— ¿ De?...

REINA.— Del Príncipe, vuestro hijo.

REY.— ¿ Dirigidas á vos?

REINA.— A mí.

REY.— ¿ Del Príncipe, y me decís esto, á mí?

REINA.— ¿ Y por qué no á vos, señor?

REY.— ¿ Y con tal seguridad?

REINA.— ¿ Pero á qué se debe esta sorpresa? Creo que recordareis todavía las cartas que D. Carlos me dirigió á Saint-Germain, con el consentimiento de ambas cortes. Si el retrato que las acompaña no iba comprendido en semejante permiso, ó si sus esperanzas asaz precipitadas le arrastraron á dar ese atrevido paso, eso no intentaré decirlo; mas si hubo precipitacion era muy excusable; y respondo por él, pues entonces no pudo pensar que se dirigia á su madre. (*El Rey hace un gesto que ella advierte...*) ¿ Qué es esto?... Qué teneis?

INFANTA.— (*Jugando con el medallón que ha recogido del suelo, y presentándolo á su madre.*) ¡ Ah! mirad, madre mia, qué bello retrato!

REINA.— ¡Cómo!... mi... (*Reconoce el medallon, y queda absorta. Ella y el Rey se miran fijamente. Larga pausa.*) En verdad, señor, que el medio empleado para cerciorarse de la fidelidad de vuestra esposa, me parece muy noble, y muy digno de un Rey... ¿Puedo permitirme, sin embargo, una pregunta?

REY.— Yo soy quien debo preguntar...

REINA.— Al menos, la inocencia debe hallarse libre de mis sospechas, y por esto pregunto si el robo se debe á una orden vuestra.

REY.— Sí.

REINA.— Entonces no tengo que acusar ni compadecer á nadie más que á vos, cuya esposa no ha nacido para que se usen con ella semejantes procedimientos.

REY.— Este lenguaje no es nuevo para mí, pero no me engañará, señora, segunda vez, como me engañó en el Real sitio. Conozco mejor á esta Reina de angelical pureza, que sabia defenderse con tanta dignidad.

REINA.— ¿Qué significan estas palabras?

REY.— En suma, señora, y sin reticencias: ¿es verdad que entonces no hablasteis á nadie?... á nadie... es verdad?

REINA.— Hablé al Príncipe; sí.

REY.— ¿Sí? Pues entonces, es claro... es evidente... ¡Tanta audacia y tan poco celo por mi honor!

REINA.— ¿El honor? Si estaba en peligro, temo que fuera un honor más estimable del que me fué conferido con la corona de Castilla.

REY.— ¿Por qué me lo habeis negado?

REINA.— Porque no estoy acostumbrada, señor, á sufrir un interrogatorio como si fuera delincuente, en presencia de la corte. Nunca negaré la verdad cuando me será pedida con bondad y cortesía, pero no fué este el proceder que usó el Rey conmigo en Aranjuez. ¿Por ventura la reunion de los grandes de España es el tribunal ante el que las reinas deben dar cuenta de sus

acciones? Acordé al Príncipe la entrevista que me pidió con instancia, y se la acordé, señor, porque así lo quise, y no sufriré nunca que por el uso establecido, se mida el valor de mis actos cuando me parecen inocentes. Os oculté la verdad, porque no me pareció bien discutir este acto con el Rey, en presencia de la gente de Palacio.

REY.— Hablais con mucha osadía, señora...

REINA.— Y añadiré ademas... porque, á mi ver, el Rey no trata al Príncipe con la justicia que se merece.

REY.— ¿Que se merece?

REINA.— Sí, ¿á qué ocultároslo, señor? Le estimo en mucho, y le amo como á mi más querido pariente, como á quien fué juzgado digno en otro tiempo de otro parentesco más próximo. No he podido avezarme á la idea de que debiera considerarle como á un extraño y más que otro alguno, precisamente porque me habia sido más caro que otro alguno. Si vuestras máximas de Estado pueden crear lazos, cuando así lo juzgais útil, les ha de ser más difícil romperlos... No quiero odiar á quien debo... Y en fin, ya que se me ha forzado á hablar, no quiero que la inclinacion de mi ánimo sea por más tiempo enfrenada.

REY.— Isabel, me habeis visto en momentos de flaqueza, y sin duda su recuerdo os inspira tanta audacia, fiando en el poder absoluto que habeis intentado ejercer sobre mi... pero temed, con doble razon, que la misma causa de mi debilidad no sea la de mi furor.

REINA.— ¿Qué crimen he cometido, pues?

REY.— (*Tomándole la mano.*) Si existe... ¿y no ha de existir?... Si se ha llenado la medida de vuestras faltas y al menor soplo desborda, si soy engañado... (*Suelta la mano.*) Puedo dominar todavía esta última flaqueza; lo puedo y lo quiero... Entonces; ay de mí y ay de vos, Isabel!

REINA.— ¿Qué crimen he cometido, pues?

REY. — Entonces habrá sangre.

REINA. — ¡ Que hayamos llegado á este extremo! Oh, Dios!

REY. — Me desconozco á mí mismo... no respeto ninguna ley... ningun escrúpulo de la naturaleza, ningun derecho de gentes.

REINA. — ¡ Cuánto compadezco á V. M.!

REY. — (*Fuera de sí.*) ¡ Vos me compadeceis!... La piedad de una impúdica...

INFANTA. — (*Arrojándose asustada en los brazos de su madre.*) ¡ El Rey se encoleriza y mi querida madre llora! (*El Rey separa con violencia á la infanta de los brazos de su madre.*)

REINA. — (*Con dulzura y dignidad; con voz trémula.*) Sin embargo, debo preservar á esta niña de malos tratos... Ven conmigo, hija mia. (*La toma en brazos.*) Si el Rey te rechaza, yo haré que vengan de la otra parte de los Pirineos, protectores que defiendan nuestra causa. (*Hace que se va.*)

REY. — (*Perturbado.*) Señora...

REINA. — No puedo soportar más... Esto es demasiado. (*Se adelanta hácia la puerta, pero se desmaya y cae con la niña.*)

REY. — (*Acudiendo asustado.*) ¡ Dios mio! ¿ qué es esto?

INFANTA. — (*Gritando con espanto.*) ¡ Ah! mi madre ensangrentada! (*Sale corriendo.*)

REY. — (*Con ansiedad.*) ¡ Qué horrible accidente! Sangre! ¿ He merecido que me castigaraís con tanta crueldad? Alzad, volved en vos, alzad... Vienen, nos sorprenderán... Alzad... ¿ será bien que este espectáculo sirva de pasto á la corte?... Habré de rogaros que os levanteis? (*La Reina se levanta apoyada en el brazo del Rey.*)



Desvanecimiento de la Reina.

ESCENA X.

Dichos.—El DUQUE DE ALBA y DOMINGO acuden asustados.
Algunas damas les siguen.

REY. Conducid á la Reina á sus habitaciones ; no se siente bien. (*La Reina vase acompañada de sus damas.—Alba y Domingo se acercan.*)

ALBA. — ¡La Reina bañada en llanto y en sangre!

REY. — ¿Esto sorprende á los demonios que me han traído á este punto ?

ALBA Y DOMINGO. — ¿Nosotros ?

REY. — Que han venido á decirme lo bastante para infundirme la cólera, y no lo bastante para persuadirme.

ALBA. — Hemos dado lo que poseíamos.

REY. — Que el infierno os dé las gracias... Me arrepiento de cuanto hice... No era ciertamente el suyo el lenguaje de una conciencia culpable.

MARQUES.—(*Dentro.*) ¿Está visible el Rey ?

ESCENA XI.

Dichos.—El MARQUES DE POSA.

REY.—(*Vivamente conmovido, á su voz da algunos pasos hácia el Marques.*) ¡Ah!... es él! Bien venido, Marques... Ahora, Duque, no necesito de vos. Dejadnos. (*Alba y Domingo se miran con muda sorpresa y salen.*)

ESCENA XII.

El REY.—El MARQUES DE POSA.

MARQUES.— Señor, duro ha de ser para un viejo guerrero que ha expuesto por vos su vida en veinte batallas, verse despedido de ese modo...